



Colección **1**
Lenguaje y acción

El compromiso literario en la reflexión de lo político

Porfirio Cardona-Restrepo
Freddy Santamaría Velasco
Óscar Hincapié Grisales
Editores



Universitat
Konstanz



Red de cooperaci3n
"Nuevas perspectivas en teora de la cultura"



Sozialwissenschaftliches Archiv
Konstanz Alfred-Schutz-Gedachtnis-Archiv

801.3
C737

Cardona Restrepo, Porfirio, editor
El compromiso literario en la reflexión de lo político / editores Porfirio Cardona-Restrepo, Freddy Santamaría Velasco y Óscar Hincapié Grisales.
-- Medellín: UPB, 2018.
288 páginas, 16.5 x 23.5 cm.
ISBN: 978-958-764-623-8 / 978-958-764-624-5 (versión web)

1. Política y literatura – 2. Violencia y literatura – 3. Literatura – Aspectos sociopolíticos – I. Santamaría Velasco, Freddy, editor – II. Hincapié Grisales, Óscar, editor – III. Título

UPB-CO / spa / RDA
SCDD 21 / Cutter-Sanborn

© Porfirio Cardona-Restrepo
© Freddy Santamaría Velasco
© Óscar Hincapié Grisales
© Editorial Universidad Pontificia Bolivariana
Vigilada Mineducación

El compromiso literario en la reflexión de lo político

ISBN: 978-958-764-623-8
ISBN: 978-958-764-624-5 (versión web)
DOI: <http://doi.org/10.18566/978-958-764-624-5>
Primera edición, 2018
Escuela de Derecho y Ciencias Políticas
Facultad de Ciencias Políticas
CIDI

Grupo de Investigación: Estudios Políticos. *Línea:* Teoría política. *Proyecto:* Discurso y prácticas políticas en el marco del pluralismo democrático. *Radicado:* 955B-12/17-36

Grupo de Investigación: Lengua y Cultura de la Escuela de Educación y Pedagogía. *Proyecto:* Didáctica de las lenguas clásicas: aprendizaje y enseñanza en la formación universitaria. *Radicado:* 137C-05/18-42.

Gran Canciller UPB y Arzobispo de Medellín: Mons. Ricardo Tobón Restrepo

Rector General: Pbro. Julio Jairo Ceballos Sepúlveda

Vicerrector Académico: Álvaro Gómez Fernández

Decano Escuela de Derecho y Ciencias Políticas: Luis Fernando Álvarez Jaramillo

Director Facultad de Ciencias Políticas: Porfirio Cardona Restrepo

Editor: Juan Carlos Rodas Montoya

Coordinación de Producción: Ana Milena Gómez Correa

Diagramación: Ana Milena Gómez Correa

Corrección de Estilo: Santiago Gallego

Dirección Editorial

Editorial Universidad Pontificia Bolivariana, 2018
Correo electrónico: editorial@upb.edu.co
www.upb.edu.co
Telefax: (57) (4) 354 4565
A.A. 56006 - Medellín - Colombia

Radicado: 1758-17-09-18

Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio o para cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.

Albert Camus: el hombre rebelde¹

FREDDY SANTAMARÍA VELASCO²
UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA - COLOMBIA

¿Qué es un hombre rebelde? Un hombre que dice que no. Pero si se niega no renuncia: es además un hombre que dice que sí desde su primer momento.

(Camus, 1978, p. 17).

Introducción

La obra filosófica de Camus no descuidó nunca los temas relacionados con el sentido de la vida, la existencia y el compromiso con los otros³. Camus tuvo presente siempre los elementos que hacían pesada la existencia, el dolor y el sufrimiento. Concibió el absurdo como la necesaria carga para que el hombre pudiera descubrir valores dadores de sentido a su vida. Por eso, en el siguiente texto, se analiza lo absurdo, entendido como el mal, y cómo este no se encuentra en el hombre, ni en el mundo, sino en su presencia común. La argumentación se hace desde la simbología de su novela *La peste*, en la que se trata el mal y la rebelión frente al mismo.

-
- 1 Producto adscrito al proyecto: “Discurso y prácticas políticas en el marco del pluralismo democrático”, de la línea Teoría política del Grupo de Investigación Estudios Políticos. Radicado: 955B-12/17-36. Centro de Investigación para el Desarrollo y la Investigación –CIDI–, Universidad Pontificia Bolivariana.
 - 2 Doctor en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia de Salamanca (Salamanca, España). Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Filósofo y Licenciado en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Profesor de la Universidad Pontificia Bolivariana. Entre sus publicaciones se encuentran: *Hacer mundos: el nombrar y la significatividad. Una investigación desde la filosofía analítica*, Bogotá, 2009; *Nombres, significados y mundos*, Salamanca, 2007; *Lecturas analíticas*, Bogotá, 2011. Miembro del Grupo de Investigación en Estudios Políticos, Línea de Investigación Lenguaje y acción, Universidad Pontificia Bolivariana. Correo electrónico: freddy.santamariave@upb.edu.co
 - 3 Para leer más sobre su vida, véase: Sherman, 2009; Ieme van der Poel, 2007.

El absurdo es la relación de enfrentamiento entre la conciencia humana y aquello que se presenta inmediatamente diferente a ella (el mundo y las otras conciencias). El orden del mundo se presenta como ambiguo (Camus, 1971, p. 541). Así, el hombre descubre a su paso la diferencia de lo que es y lo que quisiera ser. El absurdo consiste en sentir las cosas del mundo como ajenas, extrañas al hombre. Un ejemplo de ello son las *desconcertantes* palabras con las que se inicia *El extranjero*: “hoy ha muerto mamá. O quizás ayer. No lo sé. Recibí un telegrama del asilo: ‘falleció su madre. Entierro mañana. Sentidas condolencias’. Pero eso no quiere decir nada. Quizá fuera ayer” (Camus, 1973a, p. 33). Lo absurdo señala lo que es imposible, lo que no puede pasar, lo que es contradictorio. También, esta noción se puede ver como desproporción entre la conciencia y el mundo que se da entre la comparación de dos elementos.

El sentimiento de absurdo surge finalmente por la diferencia que hay entre la intención y lo que realmente se espera. Hay contradicción entre los medios y el fin que se pretenden, nace de la confrontación y desproporción entre el mundo y la conciencia que asume todo como extraño. El absurdo es aquello que la conciencia no puede iluminar y comprender; es de este modo como ella misma aparece ajena, extraña al hombre. Así es como Camus llegó a la conclusión de que no se puede afirmar que el mundo y el hombre sean absurdos, ya que el absurdo solo se da en la confrontación de estos dos, es esencialmente un divorcio. Afirma el autor francés: “Por lo tanto, que lo absurdo no está en el hombre (si semejante metáfora pudiera tener un sentido), ni en el mundo, sino en su presencia común. Es por el momento el único lazo que los une” (Camus, 1973a, p. 40).

El sufrimiento de los inocentes

El absurdo se da siempre en la confrontación hombre-mundo. Esta presencia del absurdo se debe entender como el mal mismo y se evidencia de forma trágica, triste y por supuesto absurda⁴. En la obra *La peste*, Camus pretendió descubrir el alma misma de la condición humana, plagada del absurdo de la muerte que pone fin y límite al deseo humano de vivir. La muerte se

4 Se puede seguir el escrito de Carroll, 2007.

convierte en el hecho más absurdo, pues pone límite absoluto a la existencia y determina al hombre como un ser temporal, un ser finito, que, en palabras de Heidegger, es un ser para la muerte (2009, pp. 253-283).

Camus, en el argumento de *La peste*, cuenta lo que ha visto en una ciudad asolada por la peste: la subida de las ratas que mueren en todas partes, en las calles y en las casas; la aparición de la enfermedad que nadie, salvo algunos pocos médicos, identifican de momento; las medidas cada vez más severas que toman las autoridades; el aislamiento total de la ciudad y la separación brusca de seres que no estaban preparados para ello. El doctor Rieux es el protagonista y el médico de este texto; pese a sus preocupaciones, lucha cuanto puede contra la epidemia, por piedad ante la miseria, por amor a su profesión y por la honradez que siente hacia el hombre. A su alrededor se agrupan otras buenas voluntades: Rambert, que se niega a escapar de la ciudad porque no se atreve a escoger la felicidad; Tarrou, que quiere ser santo sin creer en Dios; Grand, el humilde funcionario preso de una gran pena y una ilusión absurda; el sacerdote Paneloux, a quien la peste le parece primero un castigo divino y merecido, pero luego, al pasar los días, cambia por completo de opinión al contemplar el sinsentido de la muerte de un niño, de un pequeño inocente. Tarrou (el incrédulo) y Paneloux (el hombre de fe, el sacerdote) mueren por la peste, no pueden salvarse de ella. Luego, después de varios meses, la epidemia cede. Las estadísticas de mortandad bajan, se abren las puertas de la ciudad y acaban las separaciones, pero el corazón de los hombres ha cambiado, nunca volverán a ser los mismos porque quedará grabado en ellos que “el bacilo de la peste no muere ni desaparece jamás” (Camus, 1983, p. 224)⁵.

5 Recordemos que la novela *La peste* (1947) hizo en brevísimo tiempo famoso a Camus en todo el mundo. Una primera versión se había terminado ya en 1943. Durante su estancia en Orán (Argelia), en 1941, Camus vivió personalmente una epidemia de tifus. Las observaciones efectuadas, a propósito, por él, constituyeron la base de esta novela. A esto se añade que Camus mismo padeció tuberculosis, y tuvo una recaída muy grave en 1942. Ahora bien, la clave decisiva para *La peste* fue el contexto político de aquel entonces: en noviembre de 1942 el sur de Francia fue ocupado por las tropas alemanas y, con ello, el norte de África, liderado por los aliados, quedó completamente aislado de la metrópoli francesa. Por tanto, Camus, que se hallaba en Francia para una cura de rehabilitación, no pudo regresar con su mujer y su familia. Entabló contacto con los movimientos franceses de la resistencia y colaboró luego con ellos. Con estos acontecimientos comprendemos hasta qué punto una ciudad azotada por la peste,

La muerte es la peste misma, ese aniquilamiento siempre temprano e impredecible, absurdo e injusto. La muerte es, finalmente, el símbolo y la realidad opuesta al justo sueño de felicidad que abriga cada hombre en lo más profundo (Cordero de Espinosa, 1984, p. 127). La muerte es, al fin, el mal. El mal es el mundo de lo irracional e injusto, mundo en el que el dolor y la muerte permanecen inexplicables. El mal que aparece sin un por qué, es como si estuviera dormido esperando para irrumpir en la vida del hombre, para aprovechar que él es impotente frente a fenómenos inexplicables como la terminación de la vida.

Se pueden distinguir en el pensamiento de Camus tres tipos diferentes de mal: 1) el mal metafísico, entendido como la pregunta por el origen del mal y su posición ontológica; 2) el mal moral, que hace referencia al actuar de cada individuo frente al dolor del otro; y 3) el mal físico, que es la realidad del dolor, el dolor concreto, el sufrimiento no del alma sino en la piel, es la muerte afrontada por el hombre. Para fines de la argumentación, en este texto se trata el mal físico, debido a que, para Camus, este es el sufrimiento de los inocentes.

Para Camus, la muerte y el dolor no tenían sentido, no tienen razón de ser. Pues el mal, al no tener razón, tiene una existencia absurda y, en consecuencia, debe ser enfrentado y erradicado por medio de la lucha consciente de los hombres que no aceptan la muerte y el dolor como un justo destino para el hombre. Por el contrario, el optimismo leibniziano ratifica que el mal es el que posibilita, garantiza y aumenta la armonía preestablecida: “[...] los vicios y los crímenes no disminuyen la belleza del universo; por el contrario, la aumentan más bien” (Leibniz citado en Luna, 1995, p. 394).

Para Camus, lo absurdo es precisamente que el mundo y el hombre estén regidos por una ley inexorable de muerte. Esta fue su preocupación más fuerte, ¿por qué la vida está subordinada al principio constante de finitud? Por eso, definió la muerte como sinónimo del mal, su nefasta ratificación; por lo mismo, se da en el escandaloso aniquilamiento de la condición humana: el mal es un escándalo, ni el corazón ni la razón pueden justificarlo (De Lupe, 1970, p. 108).

desconectada del mundo y con sus habitantes puestos en cuarentena es apropiada como modelo de una situación mundial como la que existía en aquel entonces (Lottman, 1987, p. 220).

Camus, como intelectual, desde el oficio responsable de la escritura, alzó su voz contra lo que consideraba injusto. Entendió que todo mal es absurdo e inexplicable, y se llega a la incomprensión total cuando se trata de la muerte de un inocente⁶, como se puede ver en la muerte del pequeño hijo del juez Othon en *La peste*. El doctor Rieux (con quien más podemos identificar a Camus) exclama frente al cadáver: “¡Ah! este por lo menos, era inocente, ¡bien lo sabe usted!” (Camus, 1983, p. 59). En el doctor Rieux está el pensamiento de Camus: es un hombre que se resiste al mal, aunque sepa que es inevitable. El doctor Rieux narra el terrible sufrimiento y la posterior muerte de un inocente de este modo:

el doctor notó que el grito del niño se había hecho más débil, que seguía apagándose hasta llegar a extinguirse [...]. Pues había terminado [...] con la boca abierta pero callado, el niño reposaba entre mantas en desorden, empequeñecido de pronto, con restos de lágrimas en las mejillas [...]. Sentía ganas de gritar, para desatar el nudo violento que le estrujaba el corazón (Camus, 1983, p. 59).

Camus sabía que el mal deja en el hombre dos cosas: silencio e incomprensión. Se escandalizó por la muerte de los inocentes, de los niños libres de toda culpa, y se sorprendió aún más con el silencio de Dios frente a esta injusticia. Se resistió a aceptar el mal como el reflejo de la perfecta armonía divina. Afirma el doctor Rieux: “Yo tengo otra idea del amor, y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados” (Camus, 1983, p. 159). Camus no comprendió el mal, pero se dio cuenta de que el único camino posible para desterrarlo es no aceptarlo como un elemento constitutivo de la existencia; el hombre no es

6 Moeller recuerda un hecho que marcó profundamente el pensamiento de Camus: Camus y un amigo caminaban a la edad de quince años por la orilla del mar, cuando se encontraron ante un apiñamiento de gente. En el suelo yacía el cadáver de un muchachito árabe aplastado por un autobús. La madre daba alaridos, el padre callaba, la multitud miraba estupefacta. Camus, después de unos momentos, habiéndose alejado un poco del grupo, mostró a su amigo el cielo azul, luego señaló el cadáver y dijo: “Mira, el cielo no responde”. Esta simple frase resume el drama de una sensibilidad aplastada por uno de los enigmas más dolorosos: la muerte de un inocente (Moeller, 1970, p. 61).

malo, simplemente tiene que cargar el deseo de vivir, descubrir a diario y en los otros que es finito, que el sabor a muerte lo persigue.

La muerte: nuestro destino común

En la novela *La peste* se muere diaria e injustamente, lo único que se posee con certeza es la misma peste, como lo ratifica el viejo asmático al final de la obra: “La peste: es la vida y nada más” (Camus, 1983, p. 222). La peste deja ver la existencia del hombre en su dimensión más clara; es decir, como obstáculo de realización (Gray, 2007). De ahí que quien conoce la peste conoce su destino, así sea adverso o una interminable derrota (p. 96).

Para Camus solo quien no desconoce su destino y su finitud puede asumirlo e intentar comprender el acontecer de los hechos, pues no distraerse permite al hombre caminar siempre atento a su existencia. Ahora bien, conocer al enemigo no garantiza la victoria, pues la peste es una derrota siempre segura. El camino para hallar algún sentido es no resignarse, no aceptar tal absurdo como algo natural, hacerle frente, así se sepa que no va a conseguirse la victoria; esto, para Camus, sería el acto de más alto valor del hombre.

Existir es hacer frente a la muerte, pues el hombre tiene que encontrar una manera de dar sentido a su vida, pero existen innumerables situaciones en las que verdaderamente no lo logra y el caminar se hace imposible. No obstante, la vida es propia y no se puede dejar simplemente a un lado, soy yo quien a diario se enfrenta al reto de vivir. No aceptar el destino trágico del hombre es ser un hombre rebelde como el doctor Rieux, que pasaba todo el día curando enfermos, así muchos de sus pacientes murieran. Afirma el cronista: “Tenía un corazón. Le servía para soportar las veinte horas diarias que pasaba viendo morir a hombres que estaban hechos para vivir. Le servía para recomenzar todos los días” (Camus, 1983, p. 140).

De este modo, lo importante es intentar conservar la vida. El único sentido de la existencia es la rebelión ante la muerte. Ser hombre es tener el valor de rebelarse ante la injusticia, pensar y hacer algo por los otros. Esto es rebelarse, pues con los otros se descubre la condición de finitud, la muerte de mi semejante anuncia mi propio e íntimo destino.

Yo me rebelo, luego somos

Hasta ahora, este es el punto más alto de la reflexión que atraviesa, sin lugar a duda, todo el sentido de la obra camusiana: la rebelión. La rebelión no debe ser entendida como protesta infecunda, ideología rancia o pacifismo ingenuo, sino como deseo honesto de hacer frente a lo injusto e irracional, en una palabra, al absurdo. Quien se rebela no lo hace solo, pues modifica la existencia de todos aquellos que padecen del acecho del mal; por lo tanto, es una rebelión compartida. Su máxima, por lo mismo, no será “Yo me rebelo, luego soy”, sino “Yo me rebelo, luego somos” (Camus, 1978, p. 232), que se traduciría en el compromiso del hombre por el mismo hombre.

En Camus se dio la rebelión del hombre frente al mal, al absurdo, pero no es una rebelión individual y egoísta, es colectiva, pues es una conciencia lúcida e íntima la que reacciona frente al absurdo. El autor francés no entendía al hombre como un yo cerrado, como una individualidad abandonada y solitaria, sino, por el contrario, como una individualidad solidaria. El hombre es un yo plural, una conciencia íntima que se ve en los otros. De este modo, Camus sacó a las llamadas “filosofías de la existencia” del mero subjetivismo y sentimentalismo, para dar paso a una filosofía abierta, práctica, plural y universal.

El absurdo como modo de rebelión es el motor de toda reacción. Camus advirtió que no hay que evadir el absurdo; al contrario, este es quien alerta y pone de manifiesto las irregularidades que aquejan la tranquilidad humana, pues quien se da cuenta de su presencia sabrá que allí nace el principio de lucha hacia la constante reafirmación de la vida. Es el absurdo el que enciende la chispa de lucidez y sirve de arco para lanzar la flecha de la rebelión y la inquietud. En palabras de Heidegger, citado por el propio Camus, “en la simple ‘inquietud’ está el origen de todo” (Camus, 1973b, p. 23).

Ser rebelde es estar inquieto por el dolor humano, no aceptar este dolor, es un modo de asumir la existencia. Solo la conciencia lúcida que un día despierta del sopor indiferente sabrá que está llamada a rebelarse ante el injusto dolor humano. Rebelarse es escuchar el llamado de los humillados, de los vencidos por la peste: “yo me siento más solidario con los vencidos que con los santos. No tengo afición al heroísmo ni a la santidad. Lo que me interesa es ser hombre” (Camus, 1983, p. 186).

En el apartado anterior, el absurdo no está en el hombre ni en el mundo, está precisamente en su divorcio, entre la conciencia y el mundo,

en su enfrentamiento y oposición, por lo tanto, es el punto de partida de la rebelión. El absurdo no es una filosofía o el resumen de la filosofía camusiana, es el principio de su reflexión, el motivo fundamental por el cual rebelarse (Camus, 1973b, p. 12). Fue de algún modo para Camus la *tabula rasa*, el motor de la existencia sobre la cual quería fundar toda su filosofía de la rebelión.

El hombre que es consciente del absurdo y de su inútil destierro se lanza a la búsqueda de la reconciliación de su ser con el mundo. Esta fue la lección de la peste: los hombres necesitaron ser probados para probarse (Cordero de Espinosa, 1984, p. 139). En este sentido, el absurdo es el motor o movimiento que genera la conciencia para que haya un despertar, se dé la protesta contra la peste, contra el mal, contra el absurdo y, por consiguiente, se dé la rebelión. Cada uno debe buscar un camino para luchar contra la peste, contra su propia peste, con la conciencia de que no hay rutas trazadas.

El mismo Camus comprendió que si la vida no tenía sentido habría que darle uno. Este fue el sentido que le dio el doctor Rieux: no aceptar la plaga como modo de vida, al contrario, rebelarse frente a ella, al ser compasivo y solidario con el enfermo y ejercer eficazmente su labor como médico; estos son los compromisos que dan sentido a la existencia.

Ahora bien, frente al absurdo se pueden adoptar varias posiciones. La primera es la evasión por medio del suicidio, puesto que es “la ausencia de toda razón profunda para vivir” (Camus, 1973b, p. 16). Es muy lógico el deseo de acabar con la absurda existencia, pero esta respuesta es equivocada, no respeta los dos elementos de la experiencia del absurdo (la lucidez y la rebelión), sino que elimina uno de ellos, precisamente el más valioso: la lucidez.

Una segunda actitud errada frente al absurdo es la espera de un mundo mejor, al evadir la vida a través de la trascendencia. Camus lo llamó “suicidio filosófico” (Camus, 1973b, p. 51). Para él, esta actitud adormece la conciencia y deja a un lado la tarea de todo hombre de hacerse diariamente, dejar el cuidado de la existencia a una incierta esperanza. Entonces, pensar en una presencia distinta a la humana ocasiona una distracción del mundo, del camino y de la vida, porque hay una ilusión del más allá. Dejar la vida en las manos de un creador, para Camus, es olvidarse de uno mismo, pero sobre todo olvidar la tarea que hay que cumplir: rebelarse. Del doctor Rieux se afirma que “si creyese en un Dios todopoderoso, no se ocuparía de curar a los hombres y le dejaría a Dios ese cuidado” (1983, p. 95).

Para Camus, tanto el suicidio como la esperanza en un ser superior son evasiones. El hombre con una conciencia lúcida ni evade la vida por medio del suicidio ni espera la salvación en una vida del más allá. El hombre rebelde, afirma en *El mito de Sísifo*, es el que “[...] reconoce la lucha, no desprecia absolutamente la razón y admite lo irracional. Abarca así con la mirada todos los datos de la experiencia y está poco dispuesto a saltar antes de saber. Sabe solamente que en esta conciencia atenta no hay lugar para la esperanza” (Camus, 1973b, p. 47).

La única y verdadera actitud frente al absurdo es la actitud rebelde, entendida no como el intento de superación del absurdo, sino como la no resignación ante él.

El compromiso con los humillados

Camus relata de la siguiente manera lo que representó para él su vida pobre en Belcourt:

En primer lugar, la pobreza nunca fue para mí una desdicha: la luz difundía alrededor de mí sus riquezas. Hasta mis rebeliones estuvieron iluminadas por esa luz [...], la miseria me impidió que todo estaba bien bajo el sol, y en la historia, el sol me enseñó que la historia no lo es todo. Cambiar la vida, sí, pero no el mundo, del que yo hacía mi divinidad (Camus, 1958, p. 11).

Camus se rebeló frente al dolor que produce la miseria, la pobreza y el dolor. Entendió que la rebelión empieza por el compromiso serio con los más pobres y humillados, pues la rebelión que se da frente al absurdo no es infecunda, se da en el gusto por el servicio a los hombres. El hombre lúcido sabe que su único camino es el de la solidaridad, el de los vencidos; en el caso de *La peste*, el de los enfermos. La plena rebelión se da por y en los humillados, pues el hombre rebelde es esencialmente sensible ante el dolor humano y, sobre todo, nunca se acostumbra a él (Camus, 1983, p. 95).

La rebelión no se da en la masa informe; por el contrario, está en lo individual, en lo cotidiano de la tarea diaria. En síntesis, en la certeza de hacer bien el oficio de cada día. El cronista de *La peste* lo resume de esta manera: “Allí estaba lo cierto, en el trabajo de todos los días. El resto estaba

pendiente de hilos y movimientos insignificantes, no había que detenerse en ello. Lo esencial era hacer bien su oficio” (Camus, 1983, p. 34). El doctor Rieux hace su oficio bien porque ha comprendido claramente que hay una rebelión primeramente individual, personal, para luego lanzarse en la ayuda del otro, es decir, “yo me rebelo, luego somos” (Camus, 1978, p.232).

De este modo, el hombre rebelde es el que vive plenamente. La vida se debe vivir intensamente en el encuentro con los otros, porque allí se descubre el rostro de los otros (Levinas, 1977). La peste no discrimina, todos padecemos la misma condición de absurdo, tanto el inocente como el pecador, el cristiano como el pagano, todos mueren a causa de esta enfermedad⁷. El hombre rebelde, abierto siempre a la solidaridad, es el hombre lúcido porque ha reconocido en la condición del otro su misma condición absurda, ha escuchado con atención la “llamada a los humillados” (Mounier, 1988, p. 367).

Santidad sin Dios

Camus cree que la verdadera misión de la filosofía es llegar a ideas morales, a problemas de la condición humana y a las condiciones propias de la acción recta. Su único propósito es saber cómo se debe dirigir mejor la vida. El autor francés respondió en una entrevista: “no soy un filósofo. No creo suficientemente en la razón, para creer en un sistema. Lo que me interesa es saber cómo hay que comportarse. Y más exactamente, cómo puede uno comportarse cuando no se cree ni en Dios ni en la razón” (Todd, 1997, p. 747).

Tarrou, personaje de *La peste*, desea saber si se puede llegar a ser un santo sin creer en Dios, “—En resumen —dijo Tarrou con sencillez—, lo que me interesa es saber cómo se puede llegar a ser un santo. —Pero usted no cree en Dios. —Justamente. Puede llegarse a ser un santo sin Dios; ese es el único problema concreto que admito hoy día” (Camus, 1983, p. 186). Este fue el único problema de Camus: ¿cómo se puede llegar a ser santo sin creer en Dios? Sin esperar nada a cambio, sin ninguna compensación celestial. ¿Cómo llegar a esa paz?

7 La muerte del pequeño hijo del juez Othon es una muestra clara de estas ideas. Véase más en *La peste*, pp. 155-159.

Aparentemente, ser santos sin Dios es una expresión contradictoria puesto que la santidad siempre se trata con referencia a las religiones o, muy particularmente, a las aspiraciones cristianas; resulta aún más contradictoria como el resultado de la comunión con Dios. Pero la santidad sin Dios que propuso Camus es la de erigir una vida recta, justa y, lo más importante, desinteresada de cualquier recompensa, bien sea terrenal o celestial. La santidad sin Dios es el reconocimiento de la justicia como único camino para rebelarse contra el absurdo, pues el justo es el que realiza su trabajo en silencio lo mejor posible. Cumplir el oficio en silencio es el camino honesto y sincero de todo hombre rebelde.

Por ejemplo, la actitud de Tarrou ante el sufrimiento es siempre contraria a la resignación, a diferencia del padre Paneloux, que exhorta al pueblo de Orán a aceptar el justo castigo de Dios. Afirma el padre: “hermanos míos, habéis caído en desgracia; hermanos míos, lo habéis merecido [...], medita en esto y caed de rodillas” (Camus, 1983, p. 71). El padre Paneloux no libera, sino que, al contrario, esclaviza, porque por medio del miedo busca que todos acepten la peste como voluntad divina; recordemos su sermón:

Habéis pensado que unas cuantas genuflexiones le compensarían de vuestra despreocupación criminal. Pero Dios no es tibio. Esas relaciones espaciadas no bastan a su devoradora ternura. Quiere veros ante él más tiempo, es su manera de amarlos, a decir verdad, es la única manera de amar. He aquí por qué, cansado de esperar vuestra venida ha hecho que la plaga os visite, como ha visitado a todas las ciudades de pecado desde que los hombres tienen historia (Camus, 1983, p. 72).

En *La peste*, el padre Paneloux es todo lo contrario a la santidad, ya que el garante de la paz divina, paradójicamente, solo es el garante del terror, de la venganza y del temor a Dios. Por el contrario, lo único que se necesita para ser santo sin Dios, expresa Tarrou, es servir, estar atentos y sobre todo no infectar o dañar a los demás. Es amar la condición humana, pues esta opción es para los que simplemente aspiran a ser hombres que no pueden ser santos. También es negarse a admitir las plagas y esforzarse para ser sanadores y médicos; hombres que curan (Camus, 1983, p. 223).

Paradójicamente, tanto Paneloux como Tarrou mueren por causa de la peste⁸, el primero se resistió a la ayuda médica y se abandonó a las manos de Dios, “se abandonó como una cosa inerte a todos los tratamientos que le impusieron pero no soltó el crucifijo” (Camus, 1983, p. 170). Rieux narra que murió a la mañana siguiente y que “sus ojos no expresaban nada” (p. 171). También Tarrou muere a manos de la peste que combatió, pero, afirma la crónica, “muere tranquilo, feliz de la labor cumplida” (p. 205).

Esta es la paz interior para Camus: la lucidez de conciencia, saber que se ha hecho el oficio honestamente y que no queda remordimiento alguno por haber incumplido el “llamado de los humillados”. El cronista afirma y concluye bellamente:

Rieux decidió redactar la narración que aquí termina, por no ser de los que callan, para testimoniar a favor de los apestados, para dejar por lo menos un recuerdo de la injusticia y de la violencia que les había sido hecha y para decir simplemente algo que se aprende en medio de las plagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio (Camus, 1983, p. 223).

Ser santo sin Dios es luchar desinteresadamente contra los estragos de la peste, con la sencillez del que no cree, que no espera nada y que tiene como único fin la satisfacción de curar el dolor humano. Ser santo sin Dios es tener los oídos atentos al llamado, al grito de los humillados.

Conclusiones: el compromiso de la escritura

Para terminar, sorprende y alienta cómo Albert Camus, hijo de un bodeguero y de una mujer analfabeta, tuvo tanta entrega para forjarse un destino literario, convirtiéndose en uno de los intelectuales franceses más leídos en

8 En el caso del padre Paneloux no se pudo comprobar si había sido la peste la causa de su muerte. Quedó registrada como un caso dudoso. A propósito, dijo el doctor Rieux: “era la peste y no era la peste. Además, desde hacía algún tiempo, parecía que la peste se complacía en despistar los diagnósticos” (Camus, 1983, p. 171).

los últimos años. El alcance del pensamiento de Camus se extiende más allá de las filosofías de la existencia. Pasa de ser un inquieto hombre de letras a convertirse en un rebelde, rico en compromisos, en un buscador siempre abierto, con una lucidez inmensa y, sobre todo, con una entrega desinteresada, siempre a la espera del otro. En la entrevista concedida a *Le Figaro*, el 21 de diciembre de 1957, Camus afirmó:

Tenía un plan preciso cuando comencé mi obra: en primer lugar, quería expresar la negación bajo tres formas: novelística fue *El extranjero*; dramática, *Calígula* y *El mal entendido*; ideológica, *El mito de Sísifo* [...]. Preveía lo positivo bajo tres formas también. Novelística: *La peste*. Dramática: *El estado de Sitio* y *Los justos*. Ideológica: *El hombre rebelde* (Cordero de Espinosa, 1984, p. 4).

Este fue su itinerario filosófico: pasar de la negación a la afirmación, del absurdo a la rebelión. Esta acción la convirtió en una búsqueda honesta de la verdad, sin dogmatismos o supuestos. Los anteriores elementos son fundamentales para entender el pensamiento camusiano, pues dejan ver a un intelectual responsable con su acontecer histórico y con la urgencia de volver al único camino sin pérdida, la verdad de nuestras acciones.

En *La peste* fundó una moral arraigada en uno de los valores más olvidados: la solidaridad, que, en sus mismas palabras, se traduce sencillamente en el amor a los hombres. Sartre afirmó después de la muerte de Camus: “Su humanismo obcecado, estrecho y puro, austero y sensual, libraba un combate contra los acontecimientos masivos y deformes de esta época” (Todd, 1997, p. 755)⁹.

Camus, independiente y libre, se enfrentó a la injusticia en todas sus formas, como lo fueron las ideologías que dieron paso a los totalitarismos que sembraban muerte y disputa por terrenos. Así, *La peste* es una protesta contra las ideologías que se ponen al servicio de las tiranías (no importa el color o el pelambre), debido a que son opresivas e injustas; las llamó el más

⁹ Estas palabras de Sartre y su estrecha amistad y posterior ruptura con Camus se pueden consultar en la biografía de O. Todd sobre Camus. El biógrafo francés nos ofrece archivos, documentos y variados testimonios de personas allegadas a los Nobel, lo que le permite al lector ver más claro lo ocurrido entre los dos escritores franceses.

injusto de los males que aquejan a los pueblos. Su independencia se arraigó en un inquebrantable sentimiento de vida y libertad, el único y gran tesoro de los hombres.

La rebeldía camusiana tiene como deseo crear una patria común, abierta para todos, lejos de dictaduras, caudillismos o populismos, distante de las guerras absurdas, del hambre, de la exclusión y del dolor de los niños, de los inocentes. En esta patria, para Camus, los hombres podrán vivir mutuamente en el reconocimiento de su dignidad, conscientes del absurdo y siempre prontos a ser solidarios con quien más lo necesita.

La actualidad de Camus se da especialmente en su concepción de la ética. Se descubre el compromiso de ser hombre, que a su vez se ve en la entrega sincera que debe tener cada individuo por su semejante. La ética camusiana es el camino hacia el otro, que parte de un “yo” individual para convertirse en un “nosotros”, pues nunca hay una rebelión egoísta, todo intento de protesta se da en una íntima mente lúcida para verse en una conciencia plural.

Aunque Camus no pretendió ser un filósofo, lo fue, pues entendió que la filosofía no es más que una reflexión de la existencia, un pensar crítico que va más allá de las apariencias. Para él, pensar era un acto que se desarrollaba en el tiempo y que sería sencillamente una obligación con la vida misma.

Cada lector de Camus y, por supuesto, las futuras generaciones, tiene el compromiso de no dejar morir este fresco y rebelde pensamiento, pues su vida fue corta, pero no su filosofía. Ser solidarios y no desconfiados, siempre a la espera de la lucidez, es la enseñanza máxima de Camus: “hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio”. Confiar y esperar debe ser nuestro camino.

Referencias bibliográficas

- Camus, A. (1958). *El revés y el derecho*. Buenos Aires: Losada.
- Camus, A. (1971). *La caída*. México D. F.: Aguilar.
- Camus, A. (1973a). *El extranjero*. Barcelona: Planeta.
- Camus, A. (1973b). *El mito de Sísifo*. Buenos Aires: Losada.
- Camus, A. (1978). *El hombre rebelde*. Buenos Aires: Losada.
- Camus, A. (1983). *La peste*. Buenos Aires: Seix Barral.

- Carroll, D. (2007). Rethinking the Absurd: Le Mythe de Sisyphe. En: Hughes, E. (comp.), *The Cambridge Companion to Camus* (pp. 53-66). Cambridge: Cambridge University Press.
- Cordero de Espinosa, S. (1984). *Albert Camus, de la felicidad a la moral*. Quito: Universidad Católica.
- Gray, M. E. (2007). Layers of meaning in La Peste. En: Hughes, E. (comp.), *The Cambridge Companion to Camus* (pp. 165-177). Cambridge: Cambridge University Press.
- Levinas, E. (1977). *Totalidad e infinito, ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- Luna, M. (1995). Armonía y mal según la teodicea de Leibniz. *Pensamiento*, 51(201), 389-400.
- Moeller, C. (1970). *Literatura del siglo xx y cristianismo*. Madrid: Gredos.
- Mounier, E. (1988). *Obras póstumas, correspondencia*. Salamanca: Sígueme.
- Sartre, J. (1972). *El Ser y la Nada*. Buenos Aires: Losada.
- Sherman, D. (2009). *Camus* (pp. 10-20). United Kingdom: The Atrium, Southern Gate, Chichester, West Sussex.
- Todd, O. (1997). *Albert Camus. Una vida*. Barcelona: Tusquets.
- Van der Poel, I. (2007). Camus: a life lived in critical times. En: Hughes, E. (comp.), *The Cambridge Companion to Camus* (pp. 13-25). Cambridge: Cambridge University Press.